

Tía Rose

A persona joven no hay deuda vieja, mascullaba tía Rose cada vez que se subía al tren rodeada de esos fornidos aspirantes a marineros, de buen calado de la Academia Naval de Annapolis. El estado de Maryland tenía esas cosas, o más bien la división noreste del país, creía ella, que había vivido en la otra costa estadounidense durante varios años, muy lejos de la división del Atlántico Medio, saboreando muy de lo lindo otros titubeos y violencias; en Montreal (Canadá), donde lo malo quedaba relegado a un segundo plano.

Había llegado el día de las mejores palabras, el del poder de los débiles. Debía decidir entre tener razón o tranquilidad. Que el cuerpo de su sobrina fuera un clamor no era lo peor, sino su cabecita. Intentar mantenerlo todo bajo control la había hecho muy extraña, y como que el lago negro de sus ojos la había llevado a ingresarse en el George Washington University Hospital. *Todos escogen el mismo camino, todos se van* le habían dicho por teléfono, horas antes. Rose andaba muy preocupada por ese ingreso hospitalario donde los murmullos resultaban muy significativos y efímeros, carentes de ambición.

El tren parecía un llano seco, roído por la eterna incomunicación de los cuchicheos de las sombras. Hubiera preferido dirigirse a la casa paterna, el tema de la búsqueda del padre le resultaría más apasionante y menos sagrado. Millie podía ser infernal. Reconocerla impregnada de temporalidad, ocurrencias y latencias le bajaba el ánimo. Necesitaba recorrer el mismo camino que ella, pero a la inversa, y darse a ese otro mundo de ensueños, alumbrándose. El tránsito de muchachos tronando el cielo podía ser evocador. Algo irreal, vacío,

atemporal de no tenerlo ante sus ojos, vestiditos de esa abundancia blanca de los uniformes, impolutos. Algunos hasta olían a pan recién horneado. Podían serle la alcancía en la que guardar todos sus recuerdos, estando los dos en la misma almohada, estrujando el temblor de los senos de algún modo. Pero no, Millie estaba ante la muerte de sus sentidos; se había ingresado ella misma por alejarse de la atmósfera de hostilidad y opresión que vivía, llena de remordimientos y penas. Su marido, millonario, se había ido, abatido.

-Que las cosas van a continuar, y que están en el mundo- le dijo Rose, casi que desgastada ya por el uso de hacer de tita a su sobrina.

Fue justo antes de que los sonidos se le apagasen al verla como nunca la había visto alterada, confusa y angustiada, sin ese puntal de serenidad, poco antes del resuello de ese latir silencioso y ardiente de la primigenia de todo hombre y mujer:

-Tengo que hacer mi vida cariño. Y tú. Cuídate, ¡lucha! Adiós, guapa. Serás feliz me dijo la vida- citó queriéndola, suya, -pero primero te haré fuerte, tan fuerte que el que te haga daño se arrepentirá.

Colmó sus ansias y las de su madre sin lágrimas de desesperanza. Las dejó como un montón de piedra. Y el hogar, casi que con las tejas en el suelo; ni palabras vacías de ruido. Ahora bien, Millie tuvo su culpa, fue, en su etapa marital, una especie de mujer yuxtapuesta a los negocios de su marido. Incluso con el miedo empezó a comulgar de sus actos, cosa que, de inicio, al poco de conocerse la estremecían. Las miradas llenas de hielo de su padre ya no la observaban. Los muertos seguían sin tener tiempo ni espacio en Washington. Que es donde habitaba la sobrina, cruzada de brazos y dispuesta a morirse de

hambre, cosa que consiguió, pugnando a tientas con el interruptor de la luz, resonando el tictac, que por extraña la fue haciendo más flaca.

-Ésta es mi muerte- eligió la joven, hasta con el sol volteado, dejando el hueco justo para que cupieran sus amuletos y sus indolentes nudillos.

Rose, aquel día fue pegada a la ventanilla, y antes de pasarse por el hospital comería en uno de los templos de la gastronomía de esa alta sociedad por la que pasaban gentes de las artes, la política y los círculos financieros. En los más de quinientos metros cuadrados cabrían ciento cuarenta comensales sentados en diferentes ambientes, además de contar el local con dos reservados para una capacidad máxima de treinta y cinco, y diez comensales. Solo que acudió sola, aunque había apostado por la elegancia. Nada más entrar degustó un cóctel y su aperitivo, en la espectacular barra. Le refrescaba y aligeraba la imagen. Posiblemente, luego pidió un solomillo *Stroganoff* o alguna otra propuesta sugerente de la casa. Quizás una ensaladita templada. El atún rojo lo descartó, solían servirlo a la plancha y con *toffee* de soja.

Si había una ciudad en el mundo donde las tendencias quedaban invariablemente obsoletas debía ser esa, pero no. Cerca del despacho oval de la Casa Blanca Norteamericana se aceptaban responsabilidades, se comprendían los presentes y se condicionaban enteramente las culpas. Y todo en un barrio no demasiado bonito, que bien pudiera haber tenido un pasado industrial para alardear de algunas otras historias, o de algún que otro artificioso nombre que dar a ese edén de poder. Ni un taller de encuadernación convertido en condominio de lujo se podía visitar sin que alguien te hablase del mármol travertino y alguna leyenda sobre una planta subterránea de ese

complejo de mando universal, ya fuera en pleno junio que a principios de año. Siempre había tantos guías como policías y visitantes. En Annapolis se podía ir de boda y sin tacones, cosa que en la capital del Estado Mayor nada de nada. Tampoco había hombres obesos, con gabardina y sombrero de fieltro a la vista de cualquiera. Por diferentes que podían ser las cosas, seguían siendo las mismas. Tantos años en Montreal y Rose solo estaba disgustada, nada más.

Quebraderos de cabeza para elegir modelito no había tenido Rose. No es que fuese del proletariado, es que era de esas mujeres que se podían pasear con un moño medio improvisado y hacerle competencia a la novia de un magnate. No obstante, no quiso desparramar feminidad en la estación. Acudía con pantalones de traje y zapato plano, de esos púrpuras. Nada más lejos de su intención que poner los parlamentos patas arriba. Lo más difícil, sin duda, fue prescindir de los tacones, pero tampoco iba a ir al gimnasio. El grosor de sus piernas lo aceptaba todo, más aún su aparente delgadez, que la estilizaba dándole diez centímetros de más. La camisa y el rímel como la inmensa mayoría de las mujeres, de una manera que no quería decir que no pudieran llevarla de otra. Rose se emancipó muy joven de todas las servidumbres. Y nunca leyó a Jane Austen, tenía su propia voluntad y propósito.

-Aunque parezca que no, la vida puede cambiar en cualquier instante, guapa. De un golpetazo, de un espejismo, o como a ti: que te llaman sus abogados y papeleo y más papeleo- fue su última cefalea con Millie. Tres horas, antes de aquella primera vez, de las últimas.

La corresponsal quiso evitar tratar de nuevo esos temas. Acudió furiosa. Además, a ella nunca le cortaron el césped, vivía en un pisito, sin que ningún

hombre le emitiera sonido de más. Cosa que algunos de esos aspirantes en sus juegos de jerarquías y obediencias soñaban, pues la miraban como un fetiche, escondidita tomando ese fino sol laminado.

Joven y bonita no era Millie, tenía cuarenta y tres años, y con la técnica adecuada, los abogados del susodicho habían llegado a contratar un sexólogo del Instituto Kinsey, en EEUU, que suscribió que la encamada era incapaz de tener un orgasmo pasados diez-veinte minutos de relaciones sexuales. Su marido estaba harto de besos y tocamientos, no gemía su esposa, ni le inclinaba la cabeza al besarla; es más, apenas la vio en cueros, llegó a rubricar por escrito. También aportaron estudios de la Universidad de Cincinnati, de una terapeuta. En definitiva, que dijeron que Millie estaba cohibida y que tardaba en alcanzar el clímax; que se había dado a la insignificancia. A una rara luz.

Ni el último minuto fue clave en el juicio. Un proceso muy americano, con técnicas de alineación coital poniendo en entredicho las distracciones, los movimientos en vano o las palabras inadecuadas. Los sexólogos del instituto Master & Johnson también expusieron una guía básica de *cunnilingus* y posturas. Ese marido no se quedó en el misionero clásico, fue peor que una prima cotilla. Tenerlo todo bajo control pudo haberles pasado factura.

Por eso mismo Rose pretendió siempre estar a la hora mala, para evitarle más diálogos mudos a Millie, hecha un pez pequeño. Los primeros días de ingresar se movió en silla de ruedas, y cuando ella llegó ni eso; hasta acusó a todo de tener exceso de sal, y se llegó a despertar creyéndose una rusa muy blanca. Ni ella misma recordó haber ingresado con unos tacones fucsias (nada de blanco, rojo, rosa, naranja o verde). Un look monocromo de autor, de una

diseñadora británica muy afamada, siendo el centro de todas las miradas. No fue la primera vez que lució los *stilettos*, también se los puso en la National Portrait Gallery con motivo de una gala. Festividad en la que más allá de los precios y las solidaridades varias, trataron la maternofobia en pleno siglo XXI. Quizás fue ese su primer ensayo sobre la crueldad y el amor, solo que no vislumbró la alarmante posibilidad. Rose supuso, que de haber tenido hijos no hubiera llegado a eso. Es más, alguien añadió:

-La maternidad siempre fue un producto de lujo para quien se lo pudo pagar- a caballo entre los límites de la biología y las presiones infinitas.

Fue la propia madre de Millie. Se tenían fobia la madre, la hija y la tía. Pero de manera brutal. Por otro lado, estaba el tejido social y productivo, las edades de reproducción y todas esas cosas de los primeros ministros o los profesores privados, personas a las que jamás se les podía defraudar.

Al cabo de unas semanas ingresada se dejó ir:

-¡Qué me frían!

Aquellos días circularon en la prensa rumores sobre todo tipo sucesiones en el mandato del Reino Unido y la propia Norteamérica de Trump, pero, casualidades de la vida, lo que a la hospitalizada le interesó más fue China. Tanto la contemporánea como la ancestral. Durante sus años universitarios algo leyó del tema, habiendo llegado a trabajar a la postre para el gobierno propiamente dicho. Irán, Nepal, Pakistán, Afganistán e India, los conocía también. Su jefe Stewart, de cuarenta y seis años, y una amiga mutua, cuando se enteraron, también se ofrecieron muy voluntariosos a ayudarla. Los

tres coincidieron en un campo de refugiados en las afueras de Herat (Afganistán), y sabían que había cerca de setenta millones de personas desplazadas forzosamente de sus hogares. Cifra que duplicaba la de veinte años atrás. Una estimación conservadora, pues la debieron facilitar a ACNUR, fruto de las tendencias globales. Su primer gran viaje fue a Birmania, donde pudo conocer a miembros de la etnia rohinya en un campo de refugiados temporal en Kyauk Taw, en el estado de Rakáin. Por generosidad y solidaridad, sus colegas le ofrecieron un año sabático o cambiarse de proyecto a los migrantes centroamericanos, que los había, y muchos, haciendo cola en Tapalucha (México). Esfuerzos por el bien común que no le devolvieron el juicio a Millie, ni soltera ni casada.

-Que me frían, no valgo- insistió vehemente. -Lenta creación- se asedió.

Un ganador del Nobel le escribió, a petición de un conocido, y apenas pudo entornarle los ojos el septuagenario. Se dedicó a destriparle campos de batalla, a poner a parir las nuevas tecnologías y a explicarle que su primer recuerdo fue ver arder la casa de sus padres abrasada por las llamas, entristeciéndole. No tuvo modo alguno de hacerla entrar en razón.

Tía Rose le llegó a decir que le montaba una peluquería (su sueño de niña), o que se la llevaba consigo, a Maryland o Montreal, donde fuera; hasta que se irían a hacer de putas a alguna ciudad alemana. Nada. Ni se mordisqueó el labio inferior. Todo les fueron desafíos en vano. Millie estuvo con su primera y última novela, e ingresada. Cuando menos, ya no consumió GBL, la droga de moda que hacía ´doblar´ a cualquiera. La estuvo tomando diluida en agua o con algún que otro refresco. El depresor del sistema nervioso central

ya no le fue causa de su estado. Ir al baño a vomitar, sentarse en el sofá y roncar el falso éxtasis por hora y media estuvo muy ligado a los primeros días del divorcio. Ampollas de 10 ml. que pasó a comprar por litros. Un psicoactivo de cuyas convulsiones se hartó la madre, gritándola enfebrecida, bien lejos.

-Si tienes alguna duda o necesitas más apoyo puedes ponerte en contacto con ellos- así empezó su ingreso hospitalario. Su propia madre.

Nunca hablaron del tiempo exacto que debía durar el sexo, ni de sus padres, fueron madre e hija, mujeres reales, nada más; analistas.

-No te agobies, tómate las cosas con tranquilidad y sobre todo no seas egoísta con tu pareja- finalizó la madre, que más que consejos fueron reglas lo que le procuró. Había marchado a Francia, hacia Bretaña y Normandía. Naturaleza y cultura en el país del Finisterre francés. Diez días de viaje, más los prolegómenos. Así era ella. Alguien capaz de embarcarse en un viaje en grupo hacia el espectacular Monte Saint Michel y hacer senderismo antes que ver consumirse a su hija, los pocos días del año que podía librar.

Pocas veces se rodearon con los brazos; ni en funerales.

En la isla de Batz, hacia el otro litoral atlántico sí que estuvo una vez Rose. Que ni preguntaba por ella. Por obediente, dejaron de hablarse, si es que tratarse una vez al año era mucho. Ese tren no solo le condujo al capitolio, también a las entrañas de su mismísima soberbia y pequeñez, o los hirientes epítetos de *cerda*, *gilipollas* y *cerebrito de mierda*.

-¡Venga cariño! Reúne a la tropa y duérmete- dijo Rose a su sobrina. -Es tarde, mañana seguimos leyendo. No podemos retroceder el reloj.

La joven Millie pregonó un esbozo, no de totalidad. Otra punzada por el tiempo perdido.

-Es la 1.17 de la madrugada. Todos están durmiendo cariño- insistió.

Los amuletos que le acompañaban seguían bien ordenados. Y callados.

-A esta hora naciste del cuerpo de tu madre- le infirió con agrado tía Rose. -Durante un momento fuiste la más joven de todos los confines princesa; y eso que te retrasaste, chica invisible. Sal de las sábanas y dame un beso.

-Besos tita. Vete- protestó sin ni mirarla. De haber estado en su casa se hubiera echado la almohada más encima; en el hospital guardó las formas.

-Más te vale peque. Más te vale- se la devolvió, por la dicha de no haber malgastado más tiempo con ella. -Leeré otro tanto, pero que sepas que eres el pecado de Dios jovencita; hoy no venía yo a eso, si te han dicho que no puedes aprender algo es mentira- la regañó acomodándose en el sillón, viendo una ciudad encendida por apagada: Washington D.C.

La habitación era espaciosa, la mejor de muchas, y daba a la mejor calle. Ideal para un vigilante de seguridad y de explosivos, que es como se sintió ese familiar los días que la atendió, tal que Venecia fuera Venecia, y no se pudiera fiar de nadie, con las horas como dedos amputados.

-¿Me oyes bien chiqui?- de cuando en cuando hubo de mediar.

-Sí, sí tita. Sigue leyendo. Me estaba recolocando.

-Espera, que te lo pongo yo más cerca. Se te resiste este chismecito- manejó el tubo del respirador, fingiendo y sufriendo, casi perdiendo el habla.

Entre ellas dos, el único rugido fue el aire que salía por los conductos de ventilación, bien climatizado, filtrado y difuminado. Ni niebla de vaho pudieron

hacer, ante la flaqueza de la analista, paupérrima, con seniles gestos de contrición por cuanto la cama pasaba a serles la de un faquir.

Rose miró en derredor, casi descosida, muchas veces. En horas pasaría a la farmacia, y debía coger el tren hacia Annapolis, más luego un taxi a su piso. Equilibrios. Todo el tiempo que estuvo prefirió medicarla ella, qué menos, pensó; al margen de contarle historias. Dolor que le requería.

-¿Estás bien Millie?, ¿tienes frío?- interrumpió la lectura ininidad de veces, viéndola y sin decir a dos metros en una caja de madera.

-Sí tita. Estoy bien. Sigue por favor. Sigamos en China- le pidió.

Cómo no, en Washington ambas se sonrieron en *petit comité*, motivos tenían las Stapleton. Contrapuestos, pero motivos, al fin y al cabo; juegos y contingencia desmarcadas del resto, en su mundo. Su pacto. A horas que no eran horas, ni sitios donde descansar. El libro "*El pozo de los hunos*" restaba las dudas. Mirada alegre, barbilla alta y una larga sonrisa era el trato. Actitud. Que intentaba tener Rose. Ser la mejor de muchos siempre le resultó difícil, se animó para no desfallecer y mandar a la porra a Millie y sus historias. La niña hecha mujer procuró más sonrisas una tarde noche, raramente. No fue alguien detrás de un nombre, cosa que sorprendió a la licenciada en comunicación, quien se preguntó qué narices le estaban medicando. Una inquietud inmediata bajo ese olor invisible de los hospitales.

Subió el tono Rose, sin ni pararse. -¡Otro triunfo!- recalcando.

La ingresada, adusta, ni carraspeó.

La Luna tampoco quiso irse aquella noche. Parpadeó la mayor, alargándosele la respiración. Podías escribir cosas más dulces, bonitas, pensó

para sí, lo mismito que tía Rose, que solo la medió, aparte de por bienestar, para indicarle que podía haber escrito de Pittsburg.

-Tú lee tita, ya verás- le reclamó demasiado espabilada, y desharrapada.

A punto estuvo de mandarla a paseo y darle un bofetón. Ya no era la señora de nadie, y ni casi la hija de alguien. Stapleton o Helliwell, le pareció, todo, una tremenda idiotez y locura. Un llanto por la tierra amada, y ni eso.

-¿Interrumpo? Una inyección rapidita guapa. Te toca ahora. Seguid, seguid con lo vuestro, a mí no me molestáis- herrumbró la enfermera.

Y Rose siguió leyendo como si nada. Lo suyo era salud persona a persona, por enfermeras y médicos que hubiera. Otra a la que hubiera estrangulado, como si todo hubiese sido normal en ese teatro de la diferencia.

-¿Tienes frío peque?- aprovechó para preguntarle Rose, pensando de más o de menos, ni ella misma sabía encajar todo lo que veía y no veía.

-No. Voy bien- respondió, aunque un pie pareció temblarle.

-Uno sale con actrices, pero no se casa con ellas- maquinó Rose, atenta. Pero se dejó de mequetrefes, asegurándose de que durmiera la joven Millie.

Pasó una hora, luego otra. En su frustración, la cansada corresponsal nada más pudo imaginar, hasta que detrás del número 26 de esa puerta otra mujer apareció de improviso, mezcla de distinción y monotonía.

Sabes que no te creería, aunque lo hiciera, pensó Rose.

Si solo miras donde no puedes ir, perderás la riqueza que se oculta debajo, pensó la intrusa. Nadie oyó gritar.

Oídos sordos

-Tú sabes que el sesenta por ciento nos arrastramos en masa, y que, de la otra parte, la mitad no dejamos de ser turistas, de tener esa ambición (felicidad de hipermercado definió); para el resto, ser igualmente caminantes, tener metas y no sólo preguntarse los ¿cómo?, ¿por qué? y ¿para qué?

-Dispara, yo ya estoy muerta- es lo que le respondió la sobrina, como si nada fuera con ella. Ni soberbia, su contestación fue de lo más soez y depresiva. -Fríeme tú misma, tita; mi madre ni vendrá.

El broche, el medallón y el brazalete fueron parte de esa suerte de empresa, bien claro que lo tenía Rose. Millie no se apartaba de ellos. Félix, un muñeco, también era parte de los mismos; a ese no lo conoció hasta verla en la cama, de esa manera, destrozada y entristecida. Y la sangre ya era el remate, estuvo recibiendo transfusiones de plasma sanguíneo.

-¡Venga!, con ganas- como que le siguió la protesta y todas esas miradas de arriba abajo, aperciéndose de que le tocaba hasta por los tobillos, y miraba el color de las uñas, sacándola de quicio al interrogarla de tal modo.

-Bonita. Esto es un no parar- concibió Rose parándose frente a su cara. Solo que el color rojo pálido de esos labios hizo el resto. -Si me quieres tratar como a una desconocida allá tú, no voy a entrar en una guerra de capitanes. ¿Quieres que te lea, pues te leo? Cascarrabias.

La falta de educación sentimental es una causa de violencia, estuvo a punto de responderle Millie, pero no. Se quedó sin saber si el clima bretón era oceánico y templado, y, por supuesto, todo lo otro que contenía esa habitación de hospital a la que llamaba pecera, inmolándose en muda protesta.

-¿De verdad te tengo que leer esto?, ¿no puedo elegir yo? ¡Con lo que tú sabes hacer!- interrumpió Rose el capítulo, innumerables veces, atónita.

No obstante, Rose sobreentendió esa cultura del pacto al mirarla de reojo. La amenaza de la miseria le convenció e invadió. Una miseria de estudio, de dimensiones desconocidas. Ni su sobrina quiso ir al cuarto de baño.

-Aún casada, nunca tuvo novio- añadió una vez.

-¡Eh! Eso no está en el libro- se percató Millie por entonces.

-Tenía que decirlo joven. ¿Una mujer pianista y farmacéutica? Difícil de encajar- observó a la escritora. -¿Qué demonios pasa?- la inquirió.

-Tú lee y calla corresponsal, uno no comete un asesinato y se va a cenar como si nada- le tiró. -Luego le echáis la culpa a los medicamentos.

-Pero al menos podemos tratar de ser amigas ¿no?- la espetó.

Ni sintió lástima de sí misma Millie, enfurruñada pidió desafiante -léeme, me estás poniendo de los nervios.

O sea, mala leche y todo eso, como si tuviera catorce años la niña y todo le resultase insoportable. Sexualidad animal sin palabras ni eso.

-¿Estás embarazada?- preguntó al paso Rose.

Cual insecto gigantesco casi se la comió la joven -¡Vete a la mierda tita!, ¡ni en un mal sueño! Necesito que hagas de amiga, no de mi madre.

Por mal que le sentara escuchar cómo arremetiera contra ellas, Rose siempre fue lo bastante mayor como para que no se le partiera el corazón.

Se miraron ellas, muy interesadas, mucho más la joven, quién a su vez, miró los otros libros. Unos de verbos irregulares franceses.

-Tampoco es para tanto- sostuvo la lectora, y prosiguió. Supongo que todo es mentira, pensó a su vez, más que nada porque no podía hacer otra cosa en ese momento que atender los deseos de la enferma.

-Para ti ninguna chica es apropiada- se llevó como rapapolvo de Millie.

A velocidad excepcional y con la necesaria grandeza, unos parientes entraron sigilosamente. Bajaban de una planta más arriba. Una era una mujer con tendencia al chinchorro, y casada. Se vieron reducidas Millie y Rose, presentándose como no más de un rumor:

-¿Sí?

Millie trató de comportarse como si no estuviera. Por favor, no hagas que te odie, pensó Rose, quien cual Stapleton recogió todo en un espacio no mayor que el puesto de un limpiabotas de Riverside Park, evitando observaciones casuales. Casi que corrió los cuatrocientos metros. Nunca le gustó el apodo, pero era tan linda, tan atractiva con esos ojos verdes que lo usurpaban todo, que le faltó autoridad. Y no solo ella anduvo presta, también el de la voluminosa cabellera; un hombre de pechos grandes con un toque de altiva condescendencia, de los que estrechaban la mano siempre como la primera vez, gustoso de las meriendas campestres, y eso que no tenía pulgares. Rara vez había visto Rose a dos personas menos compatibles juntas. Constituían uno de los grandes misterios, para ella y para la furiosa, colérica y exaltada que casi estuvo tentada a saltar por la ventana, de poder abrirse la misma, plantándose frente a la multitud.

Se casaron a los veintitantos años, como ella.

Pero todo cambia

-Es un trabajo dinámico, rápido, competitivo ya que es necesario estar muy atento a las diferentes órdenes, a los múltiples datos internacionales que pueden afectarles y actuar más rápidamente que la competencia, que existe y es muy eficiente en todas partes.

-Que no tita, que no- expresó Millie. -Jamás hubiera creído que fuese tan complicado mantener a nuestro lado a la persona que más queremos y deseamos del mundo.

-Tu madre siempre será tu madre. Ese quiero y no puedo. Ése sí es el libro eterno, la única luz que tendrás sobrina mía; ni yo- le fue muy franca.

-No sé. Él fue un hombre que nunca existió. Un timador, un mafioso, gente corriente. Guarnición. ¿Pero ella?

-Pues háblale bajito la próxima vez que venga a verte. Tienes que visibilizar las historias que merecen ser contadas. Y sí, estamos ante una bestia importante: mi hermana.

-Necesita un aire más fresco; siempre lo necesitó. Sí, si pudiera le cobraría todas las ausencias.

-Déjate de cobros que entráis en modo pánico la una y la otra a la mínima, ¡parece mentira que no sepas manejar a tu madre a tu edad Millie!- advirtió Rose.

-Mira quién habla, que casi te da un infarto la otra noche. Saliste despavorida, como los perros cuando oyen petardos.

Triste tener que llegar a esto, pensó para sí Rose, reflexionando. Y, al tiempo, la hospitalizada llegó a pensar que más le daría otra noche de insomnio, si no sabía qué le dolía más, si estar despierta o no dormir casi nada.

No obstante, como si hubieran pasado quince años, medió la mayor:

-Si volvemos a vernos no seré tan escabrosa y ruin con tu madre. Tenemos nuestros complejos. Luchamos por una causa mayor, señorita.

-Como capital del mundo, Nueva York es la capital de la basura humana; y ella va mucho por allí tita.

-No. No confundamos bienestar con dinero. Cualquier gobierno o empresa ha de sacar pecho y procurar una buena gestión, para eso contratan a las consultoras, para que siempre haya cifras de crecimiento en sus mandatos. Tu madre debe darlos, sean cuales sean los conglomerados.

-Pero dice poco de la prosperidad- le interrumpió la propia hija. -Jamás habla de corrupción, sanidad, educación o seguridad. Su éxito versa en hacer que en Nueva Zelanda o donde sea quieran hacer las cosas de otra manera, con tal de que quien le pague pueda centrarse en medidas de producción a corto plazo. Eso es mentir- enfocó.

-La economía es fácil de medir, el bienestar no tanto. Mírate tú misma. No te falta de nada y estás atontada perdida.

-No le quites importancia- solicitó Millie.

-Pues dime ¿qué te pasa Millie?- se puso en pie tía Rose. -Estás como si te hubieras caído de un caballo- citó un tanto irónica. -La niña bien que triunfa como publicista y que vive un tempestuoso romance con su marido rico. La que era feminista, ecologista. La que pudo haber sido primera dama. ¿Qué?- exigió.

-Hablas como si llevaras un tocado con redecilla- se defendió Millie. -Y sabes que nunca quise ser una de esas *royals* y *celebrities*- elevó el tono.

-Pues con diecisiete ya estabas haciendo tu primer viaje oficial al extranjero, tu debut de relaciones internacionales, y ahora no sales de esta pecera. Tu segundo vestido es peor que el primero: un maldito camisón.

-¡No me iba a traer un vestido vaporoso para estar en cama!, ¿estampados?, ¿cuadros? ¡No me seas sofisticada tita!

-El valor del tiempo. Eso te digo. Conócete. ¡Sé un gato montés!

-Toma, tía Rose- se venció. -Échate esta crema hidratante- aprovechó que la tenía bien cerca. -Miel, extracto de té y jazmín. Se combinan de lujo.

Por poco la estranguló la corresponsal, harta, quien advirtió que -la vejez no llega con setenta años. Llega al convertirnos en dependientes.

-Ya querría yo tener tu piel canela impecable y sin celulitis, guapa.

Un hormigueo sintió Rose. No iba por los tratamientos de belleza, los poros y la estimulación de los tejidos aquella vez. Buscaba cambiarle la forma de maniobrar, con el plus de serle agradable e indolora, pero no. -Los prejuicios se combaten con hechos y realidades. Tómame tu año sabático. No trabajes para el Estado, ya lo hace tu madre, de más. Publicista/analista/maestra- infirió con retintín. -¡Menuda!

-¿Y qué hay que pueda cambiar?

-Tienes por delante cuarenta años... decimos que si un hospital o una casa. Todos somos frágiles y dependientes ante la soledad y lo pobre. Ahora, ¡de ahí a volver a ser una adolescente Millie! ¿Destruir una aldea para salvarla?, ¿esa es la elocuencia perdida y ganada cariño? Escarmienta.

La sola mirada fue más que el peor de los reproches. -¿Me vas a dar sopa de abuelo tita? Tú y tu galería de seres desordenados. Entre mi madre con la banca en la sombra y tú no tendría por dónde empezar. Sois un zoo.

El infierno no se notó en todo el país, pero casi que llegó a Montreal. Rose reuló, pensado en su triste tener que llegar a esto, yéndose hacia el enorme ventanal. Tal día acudió al Hospital G. Washington donde había ingresado algún que otro billonario, pensando en que su sobrina le confesase el futuro, y estaba equivocada, sumida a una cultura circular. Y ¿por qué no?, también tenía derecho a ser un desastre. Volver a atrás no era plato de buen gusto para nadie. Tres comidas diarias, ropa lavada y un techo.

-Los generales no negocian, firman, escenifican- comentó Millie, espetándola -o acabarían dejando ciego a todo el mundo.

-Cariño- le contestó, todavía sin apartarse de la cortina -ni soy general, coronel, cabo o tropa. Cuando la sociedad es el tirano es cuando debe aparecer la fuerza de las mujeres. Que el cielo no nos haga creer en los ovnis- miró afuera. -Una mujer ha de pasar desapercibida y ser despiadada; mujercita.

-No mires arriba, los globos se controlan desde el suelo tita. Anda venpidió. -Vámonos a mis civilizaciones. Léeme un poco guapa, ¡mírame a mí!, y trae que te dé yo crema. Invirtamos en la vida extraterrestre.

Mirándola aún de lejos no pudo reprimirse. -Sobrina, eres mucho más cool de lo que piensas. Mientes muy mal; te falta vida.

No halló respuesta alguna. E insistió. -¿Qué es lo que estás haciendo?, ¿estás viviendo tu verdad? ¿Te estás escondiendo?

Con un menor desgaste, Millie se explicó, echándole la mano al aire para que se le acercase, no terminando de recular la otra:

-Seguramente la genética y los años, muchos, resulten determinantes-terminó de estirla de forma concienzuda.

Al acercarse, Rose pudo comprobar que las piernas estaban heladas. Todo un recodo de esa hada. Fue muy extraño sentirla diferente al resto, cuando existía algo en su interior que pugnaba con todas sus fuerzas por mantenerla a flote, a esa que veía sombras en todo su alrededor; inexperta, torpe y demasiado cursi como para no contentar a nadie según ciertas revistas; en definitiva, Millie.

-¿No te habías iniciado recientemente con la práctica del yoga?- fabuló con sentimientos, afanes, talentos y reveses la tía Rose, dejándose convulsa y agitada echarse la crema, y medio abriendo y cerrando el cajón de la mesita, coséndolo con delicadeza y fanatismo a partes iguales.

Con tibieza, y en círculos, en ese tú a tú, la derrotada renunció al silencio y al olvido. -No tengo ni disciplina para ello. Como tú para dejarte.

Golpeándola con un suave sirimiri quiso dejar el cajoncito y tratar más directa a esa joven Millie, un chocolate amargo. -Se te están poniendo las uñas marrones. Dime qué te pasa. Antes eras ágil y atlética- siguió tocándola, a la escuálida de doble mentón, inflamado- soy tu ángel de la guarda mi vida.

Y se dejaron de anatomías, la una y la otra.

-Una leyenda japonesa- tita -dice que cuando no puedes dormir en la noche es porque estás despierto en el sueño de alguien; será eso.

El secreto que reveló, y los que aún escondía, llevó a Rose de nuevo a leerle. -Ni quiero, ni puedo; pero lo hago por ti, niña grande, se embarcó Rose.

En Washington, distrito de Columbia, saber cocinar no bastaba. Caótica, cercana y orgullosa, infinitamente se le revolvió por entre las sábanas.

-Esto se está poniendo interesante- afirmó Rose pasado un buen rato, parando para ahuecarle la almohada, toda ella muy presta.

-Sigue leyendo pesada, ahora no pares- adujo, pero se dejó manejar la nena. -Ni sobra ni falta nada- dijo lo que le corría por debajo de la piel.

-¡Cuánta razón!- supuso Rose, reconduciendo sus ojos rápidamente.

-¡Muy bien! Es la opinión de una mujer- la vulgarizó Millie.

-Oye, que no hace falta irse a China para... mejor me callo- aunque no, no se calló -nuestro objetivo es conseguir, lo que no siempre es sencillo. No me cosifiques tú también niñita- le hizo cosquillas, o intentó.

-¡Tía Rose!- respingó cual muchacha.

Por no serle escabrosa, al notarla frágil y huesuda, prosiguió hacia la narrativa, sabiéndose la siguiente frase. Otra cosa es que la página se le hubiera pasado con el movimiento fortuito y esos equilibrios de atender a lo uno y lo otro. En su foro interno no dejaba de ver el cuadro de asistencias médicas de ese hospital universitario. Aquel día, acudir desde Annapolis le fue el viaje más largo del mundo, con cara aterrada e impasible. Hasta le fueron grotescos los sonidos de los raíles, sin *swing*.

Pese a tener la cabeza afeitada, el poco pelo que tenía parecía un gorro de lana. Y todo se escuchaba con nitidez. En aquel momento Rose estuvo muy nerviosa, se le iba a salir el pecho. No fue solo un hueco vacío, sino su sobrina.

-Estoy rendida. Paremos, antes que de que sea más tarde señorita. Vamos a charlar tú y yo.

Millie se venció hacia el costado por siempre jamás con notable aplomo, queriendo explorar la bondad donde todo callaba, prácticamente incorpórea.